Carlos Coello resucita a Cervantes

Juan Molina Porras
Real Sociedad Menéndez Pelayo

En los *Cuentos inverosímiles* (1878)[1] de Carlos Coello,[2] una colección de cuentos de literatura fantástica que contiene algún título interesante como "El café", "Hombres y animales" o "Tierra-Tragona", aparece "El nuevo Lázaro", una narración que difícilmente podemos clasificar como cuento. Especialmente por su extensión, ya que abarca desde la página 269 hasta la 564. Es decir, 295 páginas, dimensión que acerca el título a la novela corta. Quizá por ello desapareció en la edición de 1890. Me detendré en él porque, como se verá, el relato bien podría incluirse entre los textos de crítica literaria.

Como es poco conocido, lo resumiré brevemente. Un farmacéutico catalán que ejerce en la ciudad de Reus y cuyo nombre es don Cucufate Miralpux crea un bálsamo que puede resucitar a los muertos. Después de pensarlo mucho, decide volver a la vida a Miguel de Cervantes, pero lo hará en un congreso cervantino para dar publicidad a su invento. El lector también asistirá al mismo y será informado de las extravagantes y risibles ponencias que en él se dicten. Don Cucufate hará su propuesta y todos los asistentes se trasladarán a la Iglesia de la Trinidad, donde están enterrados don Miguel y su hija. Vuelto a la vida el gran novelista, sus primeras palabras serán: "¡Catalina!... ¡Catalina! ¿Volvió ya de Nápoles el señor conde de Lemos? Dame el *Persiles*" (Coello, 1878: 362). Comienza para Cervantes una nueva vida en el siglo XIX. Como era de esperar es recibido con todos los honores por las autoridades y el pueblo. Los nobles se pelean por tenerlo entre sus invitados y cenará en las mejores mansiones de Madrid. Hasta los reyes lo reciben y, por supuesto, la crítica recibe con parabienes sus nuevas novelas y son grandes éxitos. Don Cucufate se convertirá en su prós-

1. La antología fue publicada en Madrid por la Biblioteca Perojo.

2. Carlos Coello de Portugal (1850-1888), perteneciente a una noble familia, siguió los estudios de Derecho, aunque desde joven se sintió muy atraído por la literatura. Como tantos escritores de la época, colaboró en la prensa (*El Mundo Ilustrado*, *Blanco y Negro* o *La Ilustración Española*), y escribió obras de teatro (*Roque Guinart*, *La monja alférez* o *La mujer del César*) y libretos de zarzuelas (*De Madrid a Biarritz*). Si bien en su época tenía cierta fama, su muerte temprana hizo que su obra cayera en el olvido. Hoy se le cita por su libro de relatos *Cuentos inverosímiles*, pero pocos investigadores lo analizan. Yo mismo le dediqué algunas páginas en mi tesis, *El cuento fantástico en la España del realismo (1868-1900)*, y Rebeca Martín ha estudiado su obra en el artículo "Tradicionalismo e inverosimilitud: los cuentos de Carlos Coello".

pero editor y le insta a que no pare de escribir. Pero con el paso del tiempo las ventas decaen y el farmacéutico busca autores más populares y de más fácil lectura. La historia de Cervantes se repite. En esta ocasión, no viajará a Roma sino a París. La mujer con la que se casa solo sabe coquetear y derrochar el dinero en ropa.[3] Como en el siglo XVI y XVII, sus obras de teatro no tendrán una buena acogida y abandonará las tablas. Aunque tiene la suerte de que se le nombre consejero de Estado, fracasa en la política porque no es buen orador. Desengañado, participará en un conflicto contra Gran Bretaña y sufrirá prisión en Gibraltar. Acabará pobre y olvidado, pero tras su muerte se le rendirán todos los honores.

Coello, que usa sus relatos con fines moralizadores, en esta ocasión dará diversas lecciones de crítica literaria, siempre en un tono humorístico y desenfadado. En un primer momento son los congresos literarios los que reciben sus pullas. La mofa de los estudios sobre *El Quijote* es clara y evidente y Coello no repara en ridiculizar a los investigadores. Así, para un clérigo, don Miguel no es un genio sino un santo. En su vida no se descubre pecado alguno ni tampoco un mal pensamiento. Para defender su tesis está escribiendo un tomazo de seiscientas páginas con el nombre de *El casto Miguel.* La Iglesia debe tomarse en serio su canonización, pero mientras se lleva a cabo su proposición, sugiere nombrarlo Papa Poético. Por su parte, el sabio Castelarito mantiene que en *El Quijote* se compendian todos los saberes. Todo puede aprenderse en él y debe ser el libro de texto "en todas las universidades de España y para todas las asignaturas que dicen que se enseñan en ellas" (Coello, 1878: 306-307). Con él se puede aprender derecho, filosofía, administración pública y varias lenguas, entre ellas, el vasco, a partir del duelo con el vizcaíno. Un crítico considera que las erratas y errores son muestras de la humildad de su autor que voluntariamente no quiso hacer una obra perfecta. Otro, aún más atrevido, expone que es una historia filosófica-crítica-simbólica-profética-cósmica de la humanidad. El lugar de la Mancha es el globo terráqueo en el que habitamos. Buena muestra del desquiciamiento de sus análisis son las siguientes palabras:

> El Calvario puede situarse en el terreno que ocupan los molinos de viento, calvo y pelado como casi todo en la Mancha; y las aspas de los dichos molinos cualquiera las toma por cruces, a cierta distancia y con un poco de buena fe. La lanzada que contra una de las aspas asesta Don Quijote, alude a la de Longinos en el costado del Salvador; y Don Quijote, al caer por tierra, deja comprender que el cruel hebreo ha caído en los quintos infiernos, sin duda alguna. El vizcaíno es Nerón, que persigue a los cristianos, y el discurso a los cabreros es la predicación del Evangelio (Coello, 1878: 319).

3. "El nuevo Lázaro", obra de un narrador bastante conservador, está lleno de opiniones machistas. Por ejemplo, las mujeres se mueren por participar en el citado congreso cervantino, pero no saben quién es el autor al que se dedica. Su interés es la mera curiosidad y el cotilleo.

A qué seguir con las parodias de Coello de las ponencias del cervantino congreso si muchas veces la realidad supera a estas ficciones.

Sin embargo, Coello no dejará de proponer su propia lectura de la gran novela. Sus opiniones, con las que podríamos estar de acuerdo, las pone en boca de un desconocido asistente que toma la palabra, no por sus grandes conocimientos, sino regido por el sentido común. Entre las ideas más destacadas se pueden señalar que:

> [...] diríase que es el *Quijote* un libro tan hermoso que obliga al mundo entero a prendarse y enamorarse de él, y que todo el mundo hace por el *Quijote* locuras de enamorado. Sabido es que los enamorados ni vislumbran las imperfecciones del objeto de su amor; es más, que un lunar los embelesa; una nariz respingona los vuelve locos (Coello, 1878: 329-330).

Nuestro autor, además, bien sabía que sin el auxilio de los lectores el relato no existe, "se hacen sus colaboradores inconscientes y constantes, y suponen en él cosas que ni pensó en decir, cosas que caben en su obra como en todo lienzo caben más figuras y detalles que lo trazado por el artista" (Coello, 1878: 333). Y, por supuesto, considera que es una obra contradictoria, porque "inútil es negar que la incomparable novela de Cervantes tiene un fondo tan amargo y melancólico, como amena y regocijada la forma" (Coello, 1878: 327). Por si había dudas sobre la visión que de la obra maestra de la narrativa tiene Coello, cuando ya vivo se le pregunta por el sentido de su novela, el propio Cervantes dirá: "No entiendo bien qué intención oculta puede suponerse en un libro tan llano y sencillo como el Quijote, entendido fácilmente por toda clase de personas" (Coello, 1878: 416).

Concluida la crítica de los análisis del *Quijote*, el Cervantes de Coello se sumerge en la vida del XIX. Esa inmersión servirá a Coello para describir la situación de los literatos de su propio siglo y las penurias y estrecheces de sus vidas. Como no podía ser de otra manera, se nos pinta su dependencia económica de las editoriales y la necesidad de adaptarse a las exigencias de los propietarios de esas empresas y a los cambiantes gustos del público y de las modas. También el gran escritor fracasará y, pasado un primer momento, no obtendrá el éxito deseado ni superará las estrecheces económicas. No es necesario que indique que por situaciones semejantes pasaron muchos escritores en esa época. Tampoco dedicaré más espacio al asunto, por ser algo conocido de todos.

El ensayo literario en que se convierte por momentos "El nuevo Lázaro" se completa con la relación y el somero análisis de los escritores más grandes e interesantes del momento. Según el criterio de Coello, los más importantes dramaturgos eran, sin duda, Hartzenbusch y Antonio García Gutiérrez, "honra de España y futura envidia del mundo" (Coello, 1878: 394). Quizá, en su consideración sobre este último pesen las adaptaciones que Verdi hizo de los dramas *Il Trovatore* y *Simon Boccanegra*, creaciones del escritor de Chiclana. Le siguen Estéba-

nez Calderón y Tamayo y Baus. Interesantes son sus opiniones sobre Echegaray y Larra. Al primero lo cree un "Marat revolucionario de la moderna revolución romántica, el genio que suele rodar hasta los profundos abismos a causa de su misma facilidad para elevarse a las nubes" (Coello, 1878: 394). Por su parte, del segundo opina "que un tiempo se mostró feliz usufructuario del ingenio de Fígaro, y ahora vive casi exclusivamente de calumniarse en la escena de sus legítimos triunfos" (Coello, 1878: 395). Pocos dramaturgos escapan de ser nombrados y de que les dedique, al menos, algún adjetivo, aunque hoy hayan caído en el olvido:

> [...] el modesto y notable Coupigny; el brioso Zapata; el elegante Herranz; el archisaladísimo Blasco; el atrevido, el temerario Gaspar; el discretísimo Emilio Alvarez; el castizo Catalina; el hábil y oportuno Ramos Carrion; el conceptuoso Luis Calvo; el precoz Cavestany; el arrogante Cano y Masas; el enérgico Sellés; el moderno D. Ramon de la Cruz, Ricardo de la Vega; el inspirado Valcárcel; el fogoso Balaciart; el clásico Herrero; los siempre aplaudidos hermanos Siameses del teatro Español, el matrimonio poético Retes y Echevarría; los chistosos Pepe Estremera y Vital Aza; *Coellito*, a quien yo soy incapaz de alabar como él se merece... ¡Qué sé yo cuántos escritores dramáticos más! (Coello, 1878: 395).

Pocos autores que hubieran estrenado en esos años deja de citar Coello y, por no faltar, él mismo se incluye. Lo mismo ocurre con los poetas, los costumbristas o los novelistas. Juan Valera es el más grande que han dado nuestras letras desde Cervantes; Fernández y González se describe como rico en fantasía, desordenado y grandilocuente; de Alarcón se cita *El sombrero de tres picos* y —recuérdese que la edición del libro es de 1878— de Galdós opina: "hará más aún de lo que hace cuando se decida a hacer menos" (Coello, 1878: 396).

Completa la relación de narradores y novelas importantes de los siglos XVIII y XIX con el juicio del propio Cervantes, quien, tras leer lo publicado tras su muerte, destaca el *Fray Gerundio de Campazas* de Isla; *Simón Verde* y *Vulgaridad y nobleza*, de Fernán Caballero; las novelas de Valera; *El sombrero de tres picos*, de Alarcón; los primeros títulos de Fernández y González, y *La Fontana de oro*, *El audaz* y *Doña Perfecta* de Galdós. Como se ve, no andaban muy desatinados ni Coello ni el mismísimo don Miguel de Cervantes sobre las mejores novelas que se habían publicado antes de la aparición en 1878 de *Cuentos inverosímiles.*

Leído "El nuevo Lázaro", resulta evidente que en la primera parte del relato domina la fantasía y hasta se podría llegar a pensar que se inicia una obra de ciencia ficción, porque, para resucitar a Cervantes, el narrador echa mano de los conocimientos científicos que el farmacéutico de Reus posee. En otros momentos, dominan los aspectos costumbristas. El recibimiento de Cervantes en diversos ambientes aristocráticos se aprovecha para pintar las cenas y tertulias de las clases adineradas. Lo mismo ocurre cuando se pintan la complicada vida de los literatos y sus ímprobos trabajos para ver publicadas sus obras y obtener al-

gún beneficio de sus creaciones. Por último, no nos hallamos lejos del ensayo en las páginas en las que se parodian los congresos literarios o se nos cita a los más destacados literatos de la segunda mitad del siglo XIX y se caracteriza brevemente su producción.

Los *Cuentos inverosímiles*, una muy irregular y moralista colección de narraciones, ha recibido poca atención de la crítica más allá de algunos historiadores interesados en las obras de fantasía y de ciencia ficción. Sin embargo, algunos de sus cuentos continúan siendo interesantes, especialmente "Hombres y animales", una original historia que se encuadra en la polémica que en nuestra cultura estalló una vez se conocieron los libros de Darwin. Por su parte, como he intentado evidenciar, "El nuevo Lázaro" muestra el punto de vista crítico de un literato ciertamente menor, pero bastante original en algunas de sus concepciones.

Bibliografía

Coello, Carlos (1878). *Narraciones inverosímiles*. Madrid: Biblioteca Perojo.[4]

Martín, Rebeca (2019). "Tradicionalismo e inverosimilitud: los cuentos de Carlos Coello". *Anales de Literatura Española*, n.º 31, pp. 149-161.

Molina Porras, Juan (2002). *Cuentos fantásticos en la España del realismo (1868-1900)*. Tesis doctoral. Sevilla: Universidad de Sevilla.

4. Se reeditó en 1890 pero el volumen no incluye "El nuevo Lázaro".